

Dorst, Tankred (2018). *La mancha azul de la pared*. Traducción de Marta Fernández Bueno. Madrid: Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, 121 pp.

Carlos Fortea

cfortea@ucm.es

Universidad Complutense de Madrid

Hay traducciones que sirven legítimas finalidades comerciales, y otras que, además, hacen un servicio a la cultura de destino. Y, luego, hay traducciones cuya finalidad es desde un comienzo ser una aportación relevante a la cultura que las recibe. Este es el caso de *La mancha azul de la pared*, original de Tankred Dorst, obra con la que la traductora Marta Fernández Bueno fue en 2019 finalista del premio “María Martínez Sierra” de traducción teatral, que otorga anualmente la Asociación de Directores de Escena (ADE).

Para justificar mis palabras bastará decir que no sólo la crítica, sino la Historia de la Literatura, consideran a Tankred Dorst uno de los dramaturgos más importantes de la segunda mitad del siglo XX en Alemania, que su obra alcanza más de cincuenta títulos y que, de todos ellos, solo siete se pueden leer en español (cuatro de ellos gracias a Marta Fernández Bueno).

Dentro de ese conjunto de obras (del conjunto de la obra del autor), *La mancha azul de la pared* ocupa además un lugar prácticamente epilodal, de cierre de una obra y de repaso de toda una vida. Sus dificultades traductológicas -que es a lo que queremos dedicar aquí nuestra atención- son las propias de una obra teatral que, como es propio del teatro moderno, limita al máximo las acotaciones y deja en manos de la verbalidad misma poner en pie el mundo teatral deseado.

Eso es en sí mismo un desafío para cualquier traducción: si la obra dramática da réplica a la vida con la sola herramienta de la palabra, la traducción tiene que dar réplica a la vida en otro lugar, en otro mundo de referencias, empleando las mismas herramientas y constreñida, además, por una pléyade de decisiones que ya han sido tomadas.

Esas dificultades se ven incrementadas en la pieza concreta que nos ocupa por el hecho de ser enteramente un diálogo -ese es de hecho el subtítulo de la obra-, y un diálogo además limitado a la mínima expresión, entre dos personajes que avanzan y retroceden por su propia trayectoria vital sin apoyo escénico alguno, sin apenas moverse del sitio. Dos personajes que son alternativamente viejos y jóvenes, que se comunican, como es propio de un matrimonio anciano al final de una larga convivencia, mediante abundantes sobreentendidos, frases que se inician y no se acaban, evocaciones de personajes que no aparecen en el escenario, abreviaturas de nombres que no siempre resuenan junto a su enunciación completa.

Canciones infantiles, también, con todo lo que esto implica de difícil transferencia cultural. Marta Fernández Bueno ha optado, y lo explicita en el excelente estudio que

acompaña a su texto, por respetar su literalidad, en lugar de tratar de buscar otros equivalentes en castellano que pudieran hacer más perceptible su condición de familiar soniquete. Es uno de los puntos polémicos por excelencia cuando se habla de este tipo de problemas, y como siempre ocurre no es posible encontrar una respuesta unívoca que pretenda tener alcance prescriptivo alguno. En el caso que nos ocupa, no dudamos en decir que Fernández Bueno obra correctamente, porque si en el silencio del papel las canciones no despiertan eco entre nosotros, bastaría con llevarlas a las tablas para que enseguida cobraran vida con su musicalidad infantil, y no necesitaran explicación alguna.

Como siempre, lo relevante a la hora de la decisión no es su género, sino su papel en el momento exacto en que aparecen. Y ese momento exacto también abona la decisión tomada: o bien la canción aporta lo bastante poco como para no ser esencial o, en otros casos, su contenido está vinculado con lo que dicen los personajes, lo que haría imposible cambiarla por otro equivalente sin causar indeseables cortocircuitos.

La traducción de un autor poco familiar a su público requiere una oportuna contextualización, y en ese sentido es obligado referirnos al abundante estudio introductorio al que aludíamos líneas atrás. A lo largo de sesenta sabrosas páginas, Marta Fernández Bueno acude a la profesora de literatura que también es para ofrecernos no solo una semblanza del autor, sino una ubicación, una manera de conocer al gran desconocido cuyas palabras estamos a punto de leer.

Una manera, también, de conocer el lugar y el papel del otro nombre que figura en portada de la obra bajo el humilde: “en colaboración con Ursula Ehler”. La pareja del dramaturgo no solo es coautora de esta obra, sino de otras treinta, más de la mitad de toda la producción del autor. Un importante papel que seguramente merecería mucha más atención y más estudio en el futuro (por cierto: ¿para cuándo el cambio del nombre *Premio María Martínez Sierra* por el mucho más justo *María Lejárraga*?).

El título merece detenerse en él durante unos segundos: profundamente ambiguo en el original (*Das Blau in der Wand*), por obra y gracia de una ambigüedad no tanto buscada como connatural a la lengua de origen, no puede serlo tanto en castellano y, aunque el texto venga en ayuda de la traductora y se refiera expresamente a ese azul como “una mancha azul en el hueco de la ventana”, su carácter metafórico e inconcreto seguramente hizo que Fernández Bueno se devanara los sesos buscando la manera de encontrar la expresión más evocadora y menos explícita que le fuera posible. No sé si opinará que la solución encontrada es satisfactoria, pero me apresuro a decir que, desde luego, no me siento capaz de hallar una mejor. Nuestra tarea topa en ocasiones con sus propios límites.

Fernández Bueno dedica en su prólogo unas pocas palabras a su propio trabajo, y es significativo de toda una actitud que, al referirse a su propia traducción, limite a la mínima expresión el comentario; veterana traductora teatral (de Handke, Brecht y Hein, además de Dorst), autora de un libro interesantísimo sobre la obra de Christoph Hein, seguramente comparte la idea de que las traducciones deben hablar por sí solas.

Esta lo hace. Habla de un trabajo consciente y solvente. Formado e informado. Discretamente al servicio de la obra, cuya eficacia es indudable (sería interesante comparar el trabajo realizado con una hipotética versión expresamente hecha para las tablas; las decisiones del traductor teatral y las del traductor de literatura dramática no tienen por qué ser las mismas). No sorprende que quedara en los umbrales de un premio importante. No será sorprendente que se haga con él en la primera ocasión posible.